

mismos dioses: *Bonus vir sine Deo nemo est: an potest aliquis supra fortunam, nisi ab illo adjutus exurgere*, decia Séneca: y Ciceron *Multos civitas nostra, multos Græcia tullit singulares viros, quorum neminem nisi jubante Deo talem fuisse*. La misma verdad confesaron tambien, Platon enseñando, que en los combates que el hombre debe sostener, no podria salir vencedor, si no es ayudado de Dios ó de sus ángeles; porque los hombres en todos sus trabajos no pueden adquirir la virtud que no venga de Dios: Homero diciendo, que Júpiter aumenta y disminuye las virtudes de los hombres, segun su divina voluntad: Bias, reconociendo, segun dice Diógenes Laercio, á los dioses por autores de todos los bienes, y remuneradores de todas las acciones buenas: y Timoleon, respondiendo á cualquiera que lo aplaudia: "Solo á los dioses se deben alabar y aplaudir, y no á los hombres, que todos son sus instrumentos; todos los bienes son dones suyos."

Ello es cierto que sin la creencia y temor de los dioses, no habria entre los hombres, en sentir de Ciceron, sino dolos, violencias, crímenes; y así como las demas virtudes, no podria subsistir la piedad, y con ella seria destruida la santidad de la religion: quitadas estas fianzas, resultaria sin duda la perturbacion de la vida civil, y una profunda con-

fusion en la ciudad. Por lo tanto, decia Puffendorf, que era de suma importancia esplicar distintamente el uso que la religion tiene en la vida humana para hacer constar, que en realidad era el último y firmísimo fundamento de los Estados.... Quitada la religion, fluctuaria en un piélagó de incertidumbres la base fundamental de la sociedad: lo mismo ha dicho Maquiavelo; y el ateo Diderot, tambien decia: que sin las creencias no habria resorte ni accion en la sociedad; sin ellas todo se entorpece y muere.

De aquí ha nacido, ó es la razon por qué en todas partes fué la religion el fundamento de la organizacion social; y el que todos los monumentos y anales de los pueblos los presenten con su fe, su culto y su creencia: los mas antiguos, como los caldeos, los griegos, los egipcios, los celtas, los germanos y los galos, aun eran bárbaros, y cada uno tenia su religion particular: que ésta haya sido verdadera ó falsa, que las naciones hayan tenido estos nombres de dioses ó los otros, y que sus creencias hayan estado envueltas y mezcladas con absurdos y crímenes, la máxima de política ha sido una misma para todas; ninguna ha disentido y dejado de conocer, que sin religion no puede existir sociedad. Por esto decia Voltaire: "Tal es la flaqueza del género

“ humano, y tal su perversidad, que sin duda le es
 “ mejor estar subyugado por todas las supersticio-
 “ nes posibles, que vivir sin religion. El hombre
 “ siempre ha necesitado de freno; y aunque fuese
 “ cosa ridícula sacrificar á los faunos, á los silvanos
 “ y á las náyades, era mas razonable y mas útil
 “ adorar á estas imágenes fantásticas de la Divini-
 “ dad, que entregarse al ateismo. . . . Cuando los
 “ hombres no tienen nociones sanas de la Divini-
 “ dad, la suplen con ideas falsas, al modo que en
 “ tiempos calamitosos se trafica con mala moneda
 “ por carecer de la buena. El pagano temia come-
 “ ter un crimen por miedo de ser castigado por sus
 “ falsos dioses. El malabar teme que su pagode le cas-
 “ tigue. Donde quiera que se establece una sociedad,
 “ es necesaria una religion; las leyes celan sobre las
 “ acciones públicas, y la religion sobre las secretas.”
 De aquí es tambien, que la primera ley de todos
 los Estados políticos, ha sido la observancia de una
 religion: los griegos, los romanos y todas las otras
 naciones, aunque hayan variado las demas leyes y
 la constitucion de su gobierno, jamas mudaron la
 ley que les ordenababa adorar al númen soberano.
 Esta fué la ley de los atenienses, por la que se obli-
 gaba á todos sus jóvenes á hacer el juramento si-
 guiente: *Yo juro pelear hasta el último suspiro, por*

*los intereses de la religion y de la patria, y yo viviré
 constantemente firme en la fe de mis padres.* Y por la
 que bien ó mal entendida, fué juzgado Sócrates; y
 por miedo de incurrir en ella se moderó Epicuro.
 Y la primera ley régia de los romanos, mandaba
 espresamente el ejercicio de la religion patria, pro-
 hibiendo al mismo tiempo las doctrinas peregrinas.
 Esta ley no fué mudada, ni porque espelidos los re-
 yes comenzó el gobierno de los decenviros, ni por-
 que mudada la forma de República, volviese otra
 vez el imperio de uno solo. Esta uniformidad cons-
 tante, ó mas bien este instinto religioso universal,
 que se encuentra en todos los pueblos y naciones,
 es tan natural, que acaso no haya en el hombre una
 idea mas viva é indestructible, pues nace del senti-
 miento que tiene de la Divinidad.

La existencia de un Sér Supremo, árbitro de to-
 das las cosas, y Señor absoluto de todos los sucesos,
 es una de las primeras verdades de que se siente
 penetrada toda persona inteligente que quiera ha-
 cer buen uso de su razon. Para creer un Dios, no
 tiene necesidad el hombre de entregarse á profun-
 das meditaciones, no; es lo muy bastante que son-
 dee su corazon y se pregunte así mismo: *qué es, y
 qué era antes;* y su razon le dirá: que si bien ahora
 es, antes no era; y así que, pudo no haber sido:

que su existencia, así como su conservacion, no dependen de él mismo, puesto que contra su voluntad deja de ser: que él no es otra cosa, que una hechura de un Sér invisible y todo poderoso; efecto de una causa primitiva, increada y eterna; de una causa infinitamente sábia, inteligente, justa y felicísima; de una causa que lo ha criado con su poder, lo conserva por su bondad, y lo dirige con su sábia providencia; y por último, concluirá la razon, que de esta causa ó de este grande y perfectísimo Sér, que es lo que se llama Dios, no se debe ni pensar ni hablar sino con un santo temor.

De esta sencilla reflexion, de este sentimiento íntimo y profundo, que es el natural y necesario origen de todas las religiones, de todos los cultos establecidos y de todos los altares levantados; ha venido la idea natural de recurrir en todas las calamidades, á este Sér todo poderoso y bueno; de invocarlo en los peligros que nos amenazan, y procurarse su benevolencia y proteccion, tributándole los homenajes de adoracion, de reconocimiento y amor que le son debidos. Pregúntese á todos los pueblos, consúltense sus tradiciones, obsérvense sus ritos, sus usos y costumbres; examínense sus historiadores, hasta los himnos de sus poetas; y se encontrará que en todos tiempos, que en todas partes

y por todas las naciones se ha creído siempre un Dios criador del cielo y de la tierra; otra vida, premios y penas futuras, y una religion con estos ú estotros dogmas.

El grito y el impulso de la naturaleza, es el móvil que inclina á todos los pueblos á reconocer y confesar algun Sér supremo, de quien dependen y á quien deben muestras esternas y de sumision y de respeto; cuyo ojo penetrante los mira, y cuyo brazo justiciero los amenaza. “¿En dónde, me preguntais, dice Rousseau, veo existir ese Sér tan poderoso, este Dios? ¿En dónde lo veo? No solo en los cielos que giran sobre nuestras cabezas, y en el astro que nos ilumina; no solamente en mí mismo, sino tambien en el ganado que paca, en el pajarillo que vuela, en la piedra que cae, en las hojas que arrebatata el viento: no tengo necesidad de que se me enseñe su culto, la misma naturaleza me lo dicta. . . .” “Mirad, dice en otro lugar, el espectáculo de la naturaleza, en este grande y sublime libro, es donde yo aprendo á servir y á adorar á su divino Autor: nadie puede alegar excusa para no leer en él, porque habla á todos los hombres una lengua inteligible á todos los talentos: Dios lo ha dicho todo á nuestros ojos, á nuestra conciencia, á nuestro entendimien-

“ to. ¡Ay! yo me ejercito en contemplaciones subli-
 “ mes; medito en el orden del universo, no para
 “ esplicarle con vanos sistemas, sino para admirar-
 “ le sin cesar, para adorar al sabio Autor que en
 “ él se hace sentir; hablo con el Autor del univer-
 “ so, penetro todas mis facultades de su divina esen-
 “ cia, me enternezco con sus beneficios y le bendi-
 “ go por sus dones.”

Los altos cielos á la tierra enseñan

A respetar á su Hacedor supremo;

Y todo cuanto en su recinto abraza,

Un Dios potente y creador celebra.

Todo nos habla, todo nos instruye

De su inmortal poder; el dia, al dia,

Y la noche, á la noche se lo anuncia.

Este grande y magnífico edificio

No habla al hombre un lenguaje misterioso:

Su admirable estructura,

Voz es de la natura,

Que los ojos perciben claramente ¹.

En efecto, la naturaleza, todo lo criado, nos lle-
 va á reconocer y adorar á su Criador: *Totius mun-*
di una vox; Deus est. “Por todas partes, dice Ceva-

¹ El poeta J. Bautista Rousseau: oda 2.^a

llos, nos da voces; desde lo alto del cielo, en cada
 una de las estrellas nos predica con una lengua de
 luz, la gloria de aquel que las hizo; desde las nu-
 bes, nos truenan; desde los montes y de entre las
 piedras, nos habla ó nos inclina á contemplarle en
 silencio. Tambien las aguas dieron su voz; por fin,
 en las plazas, en los campos, en la ciudad y en la
 soledad; en el mar y en la tierra; en el orbe uni-
 verso, vemos abierto un libro que por todas sus ho-
 jas nos da á leer y conocer la existencia de su Cria-
 dor y conservador, á quien la criatura su hechura
 debe toda adoracion, toda esperanza, toda sumision,
 todo reconocimiento, todo honor: *Cæli enarrant glo-*
riam Dei, et opera manum ejus annuntiat firmamen-
tum.”

Los filósofos menos crédulos y los geómetras mas
 célebres vivieron persuadidos de la existencia de
 Dios, y lo estaban principalmente por las pruebas
 que les suministraban el conocimiento de la natu-
 raleza. “En todos tiempos, dice Maupertis, los que
 “ se han aplicado á la contemplacion del universo,
 “ han hallado señales del poder del que le gobier-
 “ na: cuantos mas progresos ha hecho el estudio de
 “ la fisica, mas se han multiplicado sus pruebas. Se
 “ pueden ver las que pone Ciceron, y las que cita
 “ despues de Aristóteles. Yo me adhiero á un fi-

“lósofo mejor dispuesto que ellos, para juzgar de
 “las maravillas de la naturaleza, y cuyos razona-
 “mientos son tambien de mayor nervio que todos
 “los suyos. Newton muestra que le hacian mas
 “fuerza las pruebas halladas en la contemplacion
 “del universo, que cuanto podia sacar de la pro-
 “fundidad de su entendimiento.” Platon usaba es-
 “te mismo argumento, para probar la existencia de
 “la Divinidad; él hacia decir á uno de sus interlocu-
 “tores: “Tú juzgas que yo tengo un alma intelligen-
 “te, porque percibes órden en mis palabras y en
 “mis acciones; juzga, pues, viendo el órden de es-
 “te mundo que hay un alma soberanamente inteli-
 “gente.”

¡Ateos! borrarad si podeis de este libro de la natu-
 raleza las páginas que demuestran la existencia, sa-
 biduría, poder, bondad y providencia de su divino
 Autor. Haced aun mas; privad de la vista á los
 mortales para que no puedan leer en él, ni consi-
 derar las admirables obras de sus manos, en las que
 está grabada tan visiblemente la magnificencia de
 su nombre; con todo, nada conseguiréis, pues todos
 os dirán: ¿No veis, necios, que *signatum est super
 nos lumen vultus Dei omnipotentis?* ¿No veis ademas,
 ó desconoceis, insensatos, que mamamos con la le-
 che de nuestras nodrizas, como decia Platon, el co-

nocimiento de los dioses, tanto por los discursos y
 conversaciones que nos tenian, como por los cánti-
 cos é himnos que les oiamos cantar en su alabanza?
 Y todos, en fin, os dirán con Ciceron: “Creemos
 “con firmísimo fundamento, que hay Dios, porque
 “no hubo gente tan fiera y tan inhumana cuyo en-
 “tendimiento no estuviese imbuido de esta creen-
 “cia. Muchos creen de los dioses cosas indignas;
 “pero esto lo causa una viciosa costumbre. En me-
 “dio de eso, permanece en todos la idea de una
 “fuerza y naturaleza divina; ni ha introducido es-
 “ta doctrina algun concierto habido entre los hom-
 “bres. Esta credulidad no depende de la institu-
 “cion humana, ni se estableció por las leyes, sino
 “por el consentimiento de todas las gentes, que
 “debe reputarse en todas cosas por decreto de la
 “misma naturaleza.”

Aquellos, pues, que niegan ó desconocen la exis-
 tencia de Dios, son condenados por la razon uni-
 versal y por la naturaleza. La divinidad se presen-
 ta por todas partes á nuestros ojos, y nada podrá
 destruir ni oscurecer este sentimiento natural, hu-
 mano é innato que todos los hombres tienen del
 Supremo Hacedor; y por lo mismo es tan natural
 á el hombre la religion, que acaso no haya en él
 un sentimiento mas profundo, comun é indestruc-

tible; y si bien es verdad que el pobre salvaje que adora al grande Espíritu en los desiertos del nuevo mundo, no tiene, como ha dicho un célebre filósofo, una noción tan clara y estensa de la divinidad como Bossuet, tiene por lo menos el mismo sentimiento.

Y así que, recórrase, si se quiere, toda la tierra en todo sentido; de las naciones civilizadas y sábias, córrase al fondo de los bosques entre las hordas salvajes; no escape á nuestra pesquisa pueblo alguno; entremos en la tienda del árabe, en la cabaña del negro y en la choza del café, y en todas partes encontraremos la creencia del primer Sér, padre de todos los séres; en todas partes oiremos nombrarle con temor y con respeto, y veremos que se le tributa un homenaje, un culto público; y hallaremos sacerdotes, altares, ofrendas, sacrificios, fiestas, ceremonias y ritos religiosos: "Podremos encontrar, dice Plutarco, ciudades sin murallas, sin casas, sin gimnasios, sin leyes, sin el uso de la moneda, sin el conocimiento de las letras; pero nadie vió un pueblo sin Dios, sin oraciones y juramentos, sin religion, base de su union civil y política, y de su moral privada y pública."

Tal ha sido en todos tiempos el dogma ó creencia de las naciones todas, tanto de las llamadas ci-

vilizadas como de las salvajes, y en donde la idolatría era la mas degradante y execrable; y véase aquí la razon por qué tuvieron los antiguos por de tanta importancia el tener á Dios en sus casas; y así es, que no contentos con instituir tanta diversidad de fiestas y sacrificios; con levantar tantas aras y edificar suntuosos templos, como refiere Pomponio Leto, hubo naciones que con cadenas ataban los simulacros ¹. Los tirios tenían preso al simulacro de Hércules con cadenas de oro, así como al de Apolo: los lacedemonios, segun Pausanias, tenían tambien con cadenas asegurada la imágen de Marte; y Calimades hizo para los martinienses una efigie de la Victoria sin alas: deseando todos con estas pinturas significar que tenían á Dios en sus repúblicas; porque si los ciudadanos entendiesen, decia un antiguo, que Dios faltaba de ellas, fueran á buscarle á las extrañas: de aquí es, que habiéndole hurtado á Micas sus ídolos, iba dando voces y llorando tras quien se los llevaba; y preguntándole la causa de sus llantos, dijo: "*¿Os llevais mis dioses, y me preguntais que tengo? ¿Deos mihi tullistis, et dicitis, quid est tibi?*" Y Laban, suegro de Jacob, cuando echó menos los

¹ Los antiguos para espresar que un pueblo estaba perdido sin remedio, por estar entregado á sí mismo, sin protector, sin leyes, &c., decian: *Sus dioses han huido*....

ídolos que Raquel le hurtara, gime, y siguiendo á los que de él huían, alcanzádoslos que hubo, solo cuida de registrar los tabernáculos en busca de sus dioses¹.

Por esto decia el sabio Plutarco, que era mas fácil fundar una ciudad en el aire, que formar un Estado que no creyese á los dioses. Y por lo mismo todos los políticos, legisladores y fundadores de pueblos y reinos, conociendo que la única barrera para conservar la sociedad, fué, es y será siempre el respeto y temor de la divinidad, han fundado su legislación sobre esta sola base; y advirtiéndolo por otra parte cuánto podia en el pueblo cualquiera sombra de piedad, han procurado imprimir y dar á sus leyes un carácter sagrado, persuadiendo á los pueblos que ellas eran un presente del cielo; la expresion de la misma voluntad de Dios. Y así que Minos, para hacer creer que sus leyes son emanadas de la divinidad, no siendo él mas que el órgano por donde eran dictadas, se retiraba á una alta

1 "Dios, ha dicho Bonald, es la grande idea de la sociedad; las imágenes bajo las que se representa, son el grande espectáculo de la sociedad: el culto que se le tributa, es la grande accion de la sociedad. ¡Desgraciados los gobiernos que distraen en demasía la atencion de los pueblos hácia otras ideas, otras acciones y otros espectáculos!"

roca donde fingia tener colloquios con Júpiter, acordando con él las leyes que daba á los cretenses: los primeros reyes de Egipto se preciaban de haberlas recibido de Mercurio: Licurgo remitia primero sus libros á Delfos para ganar la aprobacion de Apolo, para que tuviesen aceptacion entre los lacedemonios: Publio Romano empleaba la misma política, y obraba de inteligencia con la Pythia: Zaleuco y Zamolxis tomaron el nombre de Minerva para dar sus ordenanzas; el primero á los locrienses y el segundo á los getas; Numa hizo creer á los romanos que las leyes que dictaba eran inspiradas por la ninfa Egeria: así como Sertorio, que lo eran de Diana por medio de una cierva: el mismo Mahoma no dejó de conocer y de practicar esta importante política, persuadiendo á los pueblos ser sus leyes bajadas del cielo siendo inspiradas por el ángel Gabriel.

"Ello es indudable, como decia Maquiavelo, que nadie ha dado nunca leyes extraordinarias á un pueblo, sin que haya recurrido á Dios, porque de otra manera no hubieran sido admitidas¹." Por lo mismo, los llamados legisladores que compusieron la

1 "Solo la verdad suprema tiene derecho de prescribir ó dictar con autoridad lo que hemos de creer, y la soberana justicia el de imponer leyes que obliguen sin exámen," decia un filósofo antiguo.

constitucion política de la monarquía española, teniendo presente el influjo de la religion, y su íntima conexion con la moral, costumbres y ventura de los pueblos, en el preámbulo con que dieron principio á la esposicion de sus artículos, dicen: *En el nombre de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espiritu Santo, Autor y Supremo Legislador de la sociedad.* Y el sabio y respetable código de las Siete Partidas, principió sus leyes con admirable piedad, sabiduría y prudencia por estas palabras: *Dios es comienzo, é miedo, é acabamiento de todas las cosas, é sin él ninguna cosa puede ser; ca por él su poder, son fechas é por su saber son gobernadas; onde todo home que algun buen fecho quisiera comenzar, primero debe poner é adelantar á Dios en él, rogándole é pidiéndole merced, que le dé saber é voluntad, é poder porque lo pueda bien acabar.*

¡Reyes! ¡legisladores! ¡Ved y considerad el principio de donde deben partir vuestras leyes, si de buena fe intentais y quereis la dicha, la felicidad, conservacion y verdadera libertad de los pueblos! En vano os empeñaréis en formar y publicar leyes, ordenanzas y constituciones, si no tienen su fundamento en la religion y sus consejos; ellas sin este apoyo, serán siempre espúrias, ruinosas, inconstantes, desorganizadoras; como lo son los pensamien-

tos, las pasiones y los intereses del hombre, serán como las obras que se levantan sobre el polvo que el mas leve viento da con ellas en tierra. Sí, legisladores, sin la religion por base, la sociedad caerá con estrépito, así como se desploma un suntuoso edificio que se le destruyen sus cimientos: ¡ay de aquellas naciones en que una falsa política les forja, valida del poder que la fuerza fisica le diera, un código fundado en los ciegos intereses de las pasiones y de los partidos contrarios á los de la justicia y de la religion. ¡Ay! ellas serán necesariamente víctimas desgraciadas.....!!

Los romanos, por lo mismo que fueron prudentes y políticos, consideraron siempre á la religion como el punto fijo de donde el príncipe debiera partir para dar las leyes y gobernar al pueblo: “Lo primero que todo legislador debe persuadir á los ciudadanos, decia Ciceron, sea creer, honrar y temer á los dioses, y que éstos son los señores y moderadores del universo; y que cuanto sucede se gobierna por su omnipotencia, imperio y dictámen; que conocen lo que es cada hombre en particular, lo que hace, lo que piensa y la intencion que se propone en las prácticas de religion; y que discernen equitativamente las personas piadosas de las impías: despues que los ciudada-